

Discurso del Dr. Miguel Jiménez en la ceremonia inaugural del  
CI Año Académico (3 de marzo de 1965), al tomar posesión de  
la Presidencia de la Academia Nacional de Medicina

Sr. Presidente de la República,  
Distinguidos Miembros de la Mesa de Honor,  
Señores Representantes de las Instituciones y Sociedades Científicas,  
Compañeros Académicos,  
Señoras y Señores:

**E**N LA ya larga historia de nuestra Corporación sólo han existido tres ocasiones, a cual más grandes y solemnes, en las que nuestra casa ha sido honrada con la presencia del Primer Magistrado de la Nación en la ceremonia inaugural de sus labores. La primera, el 1º de octubre de 1878, cuando estaba bajo la sabia presidencia de uno de sus más distinguidos miembros, Don Eduardo Licéaga, quien en su discurso hace mención de este relevante acontecimiento y dá a conocer al Presidente de la República, Don Porfirio Díaz, las ya nutridas realizaciones de la Academia. La segunda, no menos memorable, tuvo lugar el 6 de marzo de 1912, en la que el ilustre patricio, iniciador de las conmociones sociales en las que se funda la vida actual de nuestra Patria, Don Francisco I. Madero, asiste a la Sesión Inaugural de las labores de la Academia Nacional de Medicina, y hace formal declaratoria de que la constituye como "Órgano Consultivo del Gobierno Federal"; de esa manera otorga reconocimiento a los méritos y a la capacidad científica de nuestra asociación, y concede respaldo a sus actividades y confianza a su labor científica y a sus realizaciones. Era entonces presidente otro distinguido médico mexicano, Don José Terrés, quien con frases elocuentes hizo patente la gratitud y el reconocimiento de la Academia al Gobierno de la República y a su Presidente, y en su discurso alusivo hace honor al "reciente ingreso de la Academia a la vida oficial"; declara con énfasis "que este primer paso dado por el Gobierno en la nueva vía abierta a nuestras necesidades de progreso, significa conveniencia patriótica, y el haber declarado que está dispuesto a contar con el parecer de una Asociación Científica en los asuntos de la competencia de ella, es cordura, es sabiduría y también es patriotismo", y más adelante manifiesta "Para principio, no puede pedirse más

acierto ni más justificación al empezar por conceder un lugar de honor en la esfera oficial a la ciencia médica”.

Celebramos hoy con grata satisfacción, el tercer significativo acontecimiento, con la honrosa presencia del Señor Presidente de la República, Lic. Don Gustavo Díaz Ordaz, que imprime inusitada solemnidad a esta sesión inaugural de las labores académicas; su asistencia tiene como en las dos ocasiones anteriores, el mismo elevado significado: otorgar el respaldo del poder supremo del gobierno a una institución como la nuestra de tan rancio abolengo, es dar reconocimiento a su valer y a lo que representa dentro de la comunidad de nuestra Patria.

Su presencia, Señor Presidente, no solamente constituye ese apoyo y ese respaldo, debe ser estimada, además, como viva demostración de su interés por los problemas de la medicina de México y por quienes hemos vivido como incansables y entusiastas trabajadores de esta ciencia tan amada por nosotros y que tan nobles fines persigue.

No podemos menos que aplaudir la actitud generosa, comprensiva y patriótica que ha observado usted al dar solución en reciente Decreto Presidencial al problema que planteó el grupo de nuestros jóvenes médicos, en el que, al mismo tiempo que su afán de progreso científico de más avanzada preparación, expusieron su anhelo de obtener satisfacción a sus necesidades más imperiosas. En el texto del decreto manifiesta usted estar consciente de los desajustes a que la creciente socialización de la medicina ha dado lugar; se propone usted, con convicción y con firmeza, “hacerlos desaparecer o disminuir, mejorar la situación hospitalaria y lograr la formación de profesionales médicos cada vez más capacitados para servir al pueblo mexicano”; con un profundo sentido humano ordena usted que, aceleradamente, se mejoren sus condiciones materiales de trabajo, se corrijan las deficiencias de alojamiento y de alimentación, que se les dé mayor estabilidad y seguridad, y que los salarios que perciben alcancen satisfactorios niveles, y en ello puede verse el esfuerzo de su gobierno al efectuar cuantiosas erogaciones. Su ofrecimiento no solo se limita a ese grupo de jóvenes médicos, sino perfila ya en sus declaraciones el que éste ha de llegar a los demás miembros del cuerpo médico que con su esfuerzo, con su dedicación y con su abnegado servicio a la comunidad, forman la base firme en que se sustenta la medicina mexicana.

No puedo dejar pasar inadvertida esta ocasión tan brillante, para que en nombre de los miembros de esta Academia y, ¿por qué no decirlo?, del cuerpo médico en su totalidad, expresarle nuestra sincera gratitud y especial reconocimiento. ¡Muchas gracias Señor Presidente!

Bien dijo usted, que la creciente socialización de la medicina cambia de rutas el ejercicio profesional; los progresos de la ciencia médica vuelven su ejercicio cada vez más complejo, cada vez más costoso, y por consecuencia cada vez menos al alcance de las clases necesitadas. Sólo la medicina institucional, en la

que su complicado mecanismo es puesto al servicio de los pacientes, permite la adecuada atención a sus sufrimientos. El médico aislado, ya no puede, en el presente, y menos podrá en el futuro, con su limitado arsenal y preparación, por grande que ésta sea, alcanzar esos objetivos.

El sentido humano de su gobierno ha sido expresado por usted al decir "La atención de la salud de todos los habitantes es una de las metas de los regímenes democráticos con un intenso sentido de justicia social".

Nuestra institución, con sus cien años de vigencia histórica, de lengua tradición, tiene una meta qué cumplir y definidos propósitos qué alcanzar en el servicio de nuestro pueblo. Es la tribuna más elevada de la ciencia médica, en la que se abordan los problemas fundamentales de la salud en la más abierta y desinteresada discusión. Es aquí donde el investigador concienzudo, expresa lo que ha hecho surgir del matraz de sus investigaciones y donde el clínico sintetiza las observaciones hechas a la cabecera del enfermo. Es sin duda, en el seno de nuestra corporación donde surgen de la discusión, a veces apasionada, criterios firmes, orientaciones definidas, y donde puede cumplirse con los altos deberes que le concediera en 1912 el Supremo Gobierno de la República.

De acuerdo con sus ideales, surge una función cada vez con mayor ímpetu: que la Academia no limite su acción a concentrarla dentro de los muros de este local donde, en su galería iconográfica, figuran las grandes personalidades, ahora desaparecidas, que en el pasado rigieron sus destinos. La Academia no debe jamás encerrarse en el egoísmo de su torre de marfil, sino formar parte de la Patria Mexicana. "Sólo vale socialmente, dice Goethe, quien sabe obrar y servir". Si nuestra Academia no obra para el bien público, poco valdrá. Si no sirve a la comunidad, limitará su capacidad y su desarrollo. Ahora la Academia amplía los ámbitos de su acción, traspone los muros de su edificio y quiere llegar hasta los más recónditos lugares de la República como informadora de los avances científicos a todas las organizaciones médicas del País; que los resultados de sus estudios e investigaciones, lleguen como maduros frutos a quienes, en lejanos lugares, no reciben las informaciones de esos progresos y de las conquistas científicas; misión, esta última, que hemos acogido con todo entusiasmo y que figura ya como definido proyecto a desarrollar en este año de labores. Tenemos el firme propósito de impulsar con toda energía y entusiasmo estas funciones que estimamos como de muy alto relieve.

El bien de la Patria reclama constantemente el incremento de la cultura, pero no de aquella utópica y bizantina o simplemente especulativa, sino de aquella que busca la verdad, la verdad humana de la que habla Antonio Caso; dinámica y evolutiva, que se traduzca en objetivos para el provecho de la Patria y beneficio del pueblo.

Ocupan los sitios de la mesa de honor en esta ocasión, las más altas autoridades de la salud pública, de la cultura, de la educación y de la seguridad

social, y deseo aprovechar el honor de su presencia para expresar el decidido empeño que nuestra Corporación, integrada por destacados profesionales que cultivan todas las ramas de la ciencia médica, tiene en colaborar con los organismos oficiales; en ello deseo hacer particular mención al señor Secretario de Salubridad y Asistencia, Dr. Rafael Moreno Valle, al brindarle nuestra colaboración más entusiasta para ayudar a resolver todos los problemas, en los que considere que nuestra Corporación, como organismo consultivo del gobierno, le pueda ser de utilidad.

Antes de terminar, deseo expresar mi profundo agradecimiento por el inmerecido honor que se me ha concedido para presidir las labores de este año académico, reconociendo desde ahora que existe una gran desproporción entre el alto honor que recibo y las limitaciones de mi capacidad y merecimientos, que sólo pueden ser compensadas con la íntegra dedicación y con esfuerzo sin límites. Mi confianza descansa en mi estado espiritual, lleno de grandes ambiciones, de energía y de fuerzas, para ponerlo al servicio de una causa tan noble: el engrandecimiento de nuestra Academia.

Me toca suceder en este puesto a un científico de gran capacidad, talentoso, erudito y elocuente, Dr. Demetrio Sodi Pallares, quien ha conquistado para México laureles y gloria. En nombre de la Academia, que desde hoy presido, deseo expresarle el agradecimiento sincero y cordial, por su dedicación y empeño al haber encauzado tan brillantemente sus actividades durante el año de su centenario.

Señor Presidente de la República:

En nombre de nuestra Corporación reitero a usted el más respetuoso, cordial y profundo agradecimiento por su interés en el desarrollo de las actividades de la Academia y el respaldo que su sola presencia nos otorga. Cuente usted desde ahora, con el esfuerzo conjunto de los hombres de ciencia que componen esta institución, en los que estará siempre presente como meta, la más querida: *servir con amor y con desinterés a nuestra Patria.*